

daré; de hoy en adelante seré mejor. Y ablandados el padre y la madre con estas dulces palabras, movidos sus pechos de sentimiento, y hasta vez, los ojos preñados con lagrimas, les estrechan á su corazón y les cubren de mil acarriadoras besos en signo de reconciliación... Y esta mañana, ¡ah decídmelo, padres y madres! cuando al levantarse vuestros hijos se han de nuevo derribado á vuestros pies pidiéndoos la bendición, es que allá en lo más íntimo de vuestro pecho, no sentiais latir vuestro corazón. Decídmelo, si decídmelo, ¿no son estas las más santas, las más puras delicias de que pueda disfrutar el corazón de un padre, de una madre en esta tierra? ¡O Religión santa de mi Salvador Jesús! tú eres aun quien con suma bondad nos las procuras.

CONCLUSION — Y cuantas consideraciones pudiera exponeros aun, queridos hermanos míos. todas pondrían de manifiesto que nuestra santa Religión es fuente de pura alegría, de santa felicidad para todos y muy especialmente para aquellos que cumplen con fidelidad vuestros preceptos. Más me acuerdo con cuanta ansia me deben estar esperando estos niños. ¡Ah! suspirad si, queridos hijos e hijas tras la divina venida de Jesús, dentro de pocos instantes va á tomar posesión de vuestras almas. Suspirad, si, el Señor acoge siempre con amor aquellos piadosos llantos, aquellos tiernos supiros. Cuéntase de San Francisco de Jesús que no podía contenerse, ni estar sujeto cuando llegaba el momento de la santa comunión. Allega, se exclamaba, que mucho tardas, momento feliz en que podré recibir á mi Jesús y á mi Dios.. Cuando oía tocar una hora; vamos decía él, un poco de ánimo, mi alma, dentro de seis horas, dentro de cuatro, de cinco, de tres, de dos, de una, vamos, vamos, estamos ya, voy por fin á dar humilde morada á mi Redentor, ¡ ah feliz dicha ! ¡ah mi Dios y mi amor!..

¿Son tales vuestros sentimientos, caros hijos míos?... si ya se acerca el momento feliz, dentro de algunos instantes tendrán cumplimiento vuestros santos deseos, saliendo Jesús de esta copa sagrada, vendrá á tomar posesión de vuestro corazón... ¡Oh ! cuando le tendreis allí, después de haber desahogado vuestro pecho entre inefables coloquios, acordados de rogar por vuestros encarecidos padres y madres; por todos aquellos que amais, afin de que podamos alcanzar la gracia de encontrarnos juntos en aquella fiesta infinitamente más bella que la de este día y que se llama la eterna gloria. Amen.

PLATICAS POPULARES.

OTROS EJERCICIOS SOBRE LA PRIMERA COMUNION.

PLATICA DECIMASEXTA.

Domingo á visperas, antes de renovar las promesas del Bautismo.

Sobre lo que han sido vuestros hijos, lo que son, y lo que serán un día....

TEXTO. — « Bendice, ¡O mi alma! al Señor, cantad; o todas mis potencias! las alabanzas de su santo nombre. » *Benedic, anima mea, Domino et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus.*

(SALMO CII.)

EXORDIO. Hermanos míos, colmado de beneficios por el Señor, el Santo Rey David se exclamaba, entre sobresaltos de gratitud y de alegría. « Bendice, o mi alma, al Señor y que todos mis sentidos y potencias ensalzen á su santo nombre. Me sanó de todas mis enfermedades, me protejió con su admirable Providencia, me sostiene con su gracia, atiende á todos mis deseos, derrama sobre mí cuantos bienes necesito... ¡Ah! bendice, ¡O mi alma! al Señor; ensalza, mis potencias, á su santo nombre, porque Santo, porque bueno porque justo es el Dios de todo lo criado. Y que cosas deberiais decir tambien vosotros en este dia, si que-

siereis que fuesen dignas vuestras gracias del insigne beneficio que os ha dispensado aquel Soberano Señor... ¡O feliz día! ¡o dichoso momento! qué dulces recuerdos deberá dejar gravados en vuestros corazones aquel fuego abrasador con que quisiera el Señor se derritieran vuestras almas. Tiempo ha que le estabais esperando y esta mañana, al toque de la misa, á la hora del adorable incruento sacrificio, cuando habeis venido á tomar asiento en este hermoso palacio, ¿no es verdad que moriais de languidez...? Mi corazón daba también brincos de santa ternura. ¿Y que hacia el vuestro, Señor? Llegado el momento tan anhelado, les habeis visto avanzarse dos á dos con radiosos semblantes, con alma pura, semejantes más bien á ángeles de vuestro celestial concierto que á hijos de Eva, desterrados en esta tierra lejos de vuestra eterna gloria... ¡Ah hijos míos! qué dicha, qué dicha la vuestra, llegados á este altar santo, Jesús el pan vivo, el manjar celestial, la vida, el gozo de los bienaventurados, el Dios de cielos y tierra, aquel ante quien se encorvan los más levantados tronos, tiemblan las potestades, y sirven, y cantan siempre himnos de alabanza los coros celestiales, saliendo del adorable tabernáculo, se ha dignado venir á tomar morada en tan fermentsadas criaturas y unirse á vuestros corazones. ¿Pues quien sois vos? os diré, yo también pasmado de admiración. ¿Quien sois? ¿ángeles? ¿santos? ¿quien sois? *Tu quis es...* ¡Ah! qué vuestra alma bendiga al Señor por tan encumbrados beneficios; qué todas vuestras potencias ensalcen su santo nombre. Y vosotros, caros oyentes míos, vosotros padres y madres de tan amantes criaturas, si habrá sido también para vosotros el presente día, día de felicidad y alegría. Quien podrá decirnos lo movido de vuestros corazones esta mañana, lo ablandado de vuestro amor al momento del banquete celestial. ¡Ay! que sentiais al contemplar á este cariñoso niño en quien poneis vuestras esperanzas; al fijar vuestras turbadas miradas sobre esta tierna y amantísima niña. ¿Quien nos lo dirá?... No yo, porque siento y comprendo mi incapacidad... Estabais aquí como si no fuerais, transportados cuasi de contento, en verdadera éxtasis, no distinguiendo otra cosa de aquello que llamais con frenesía la luz de vuestros ojos; siguiendo todos sus movimientos, y tragando todos sus enamorados suspiros... Hermanos míos, y qué, todos vosotros, ¿no habeis nada sentido en lo más profundo de vuestras almas en este día de

general contento? No puede ser así, porque todo este aparato, estos cántos, estas ceremonias, esta misma inmensa concurrencia de toda la comarca, y por fin, lo que todo corona, el acto solemne del tanqueto sagrado, han debido desentrañar del olvido, por fuerza, os han debido volver á la memoria aquel día entre todos bendito en que vosotros mismos estabais aquí sentados, con alma pura y corazón sin mancha, ansiando el momento feliz de la misericordia y muriéndoos de amor por vuestro adorable Jesús... ¡Ah! dulces recuerdos, santos recuerdos, puros recuerdos sin sombra de amargura.. Quien sabe, quien sabe, si comparando el estado de conciencia en este día con aquella pura paz y santa inocencia de tiempos pasados, habeis podido comprimir vuestros remordimientos, vuestras penas, vuestros suspiros, vuestras lagrimas. ¡Ah! bendigamos todos al Señor que es infinito en sus misericordias, que nos ha colmado de beneficios en este día, ensalcemos su santo nombre.

PROPOSICION. — Me he propuesto hacer con vosotros esta tarde algunas cortas, buenas y sencillas consideraciones; escuchadme con mucho atento.

DIVISION. — Yo quisiera tocar principalmente á dos puntos. Ya que fue tan bueno é inefable el Señor para con vosotros, vuestro agradecimiento debiera durar tanto como vuestra vida y vuestra fidelidad hasta la muerte. Y para que comprendais mejor mi primer punto, voy á examinar con vosotros lo que fuisteis y lo que sois en este día... Todo esto lo explicaré en mi primera parte. Considerando en mi segunda y última, lo que sereis un día, todos podreis inducir que el más sagrado de los deberes, que os incunbe, es la fidelidad. Repito, que erais, que sois, y que sereis un día. He aquí las tres consideraciones que propongo á vuestra meditación.

Parte Primera — Que erais — Transportémonos en espíritu trece ó catorce años atrás. ¿Que pensais que fueis vosotros en aquellos días?... nada.. Dios os dió el ser y visteis la luz del día. Mas que suerte tan desgraciada hubiese sido la vuestra, si de la nada hechos algo, os hubiera el divino Hacedor abandonado á vuestro libre albedrío... Vuestras almas estaban manchadas con el pecado original, y si la muerte os hubiera asaltado en aquel estado, nunca hubiereis visto la cara de Dios. Admirad, hijos, la misericordia divina. Al salir de manos de

Dios, os pusieron en las de la Iglesia, os llevaron al ministro sagrado, á este templo del Señor, y cuando de regreso á vuestras casas, os dejaron vuestros padrinos en los endoloridos brazos de vuestra amantísima madre, cubriéndos de besos, colmándoos de mil caricias, podía decir con toda verdad «gracias Señor, mil gracias, por lo que me disteis en este día, mi hijo no es más un niño, sino un ángel».. Más avancemos un poquito más. ¡Ay! quien pudiera pararse aquí! Al sacaros de la nada no os hizo brutos ni piedras, sino seres racionales y libres. Decidme, cuando más tarde, desarrollándose las facultades de vuestra alma, cuando llegadas á su perfeccion, hubieran podido servirle segun sus santos deseos, ¿en qué las empleasteis? ¿Guardasteis largos dias pura y sin mancha, aquella toga de inocencia de que os revistió el ministro de Jesucristo, al dia de vuestro bautismo? No creais, no, que quiera ponderar el mal. Se que los hubo entre vosotros que, semejantes á vasos de predicación, guardaron limpias de toda iniquidad á sus almas... Pero; ay de os ayes! No se encontraron tambien que las malas compañías, las desenfrenadas pasiones, los malos ejemplos, inducieren en miles pecados, e hicieron de hijos de Dios hijos de Satan. No los hubo entre vosotros que fueron victimas del orgullo, victimas de las males costumbres de jurar, de mentir y que cayeron de nuevo en sus horrendos lazos... Decídmelo vosotros mismos, bondadosos padres, el sinnumero de veces que os han desobedecido, faltado de respeto, y tratado con singular menoscabo vuestros tiernos obsequios, vuestro amor y vuestra ternura.. Las veces que os han penado con turbulantos caprichos, poca aficion al trabajo y malas inclinaciones. Mas sentemos todo esto al libro del olvido. Vuestros padres y madres os han perdonado, hijos, creédlo en toda verdad, y sus encendidos corazones os aman más hoy en dia que nunca. Mas aun fue mayor vuestra ingratitud para con otro padre que alla en los cielos mora. El os dió cuanto teneis... El aire con que respirais, la tierra que os sustenta, el frio que os refrigera, el agua que os limpia, y alimenta, el sol, la luna, y las estrellas que os alumbran y todos cuantos bienes ha criado para beneficio vuestro. En el orden de la gracia, la caridad que os santifica, la virtud que os perfecciona, y todos los demas bienes que os conducen dichosamente á vuestro soberano fin. En una palabra, por tales y tantos méritos, debierais ser ne-

cesariamente suyos, del todo sus rendidos sujetos, y sus fieles adoradores. ¿Lo hicisteis así? ¿como le habeis correspondido? Vosotros le habeis blasfemado, habeis tratado con menoscabo sus tanto preceptos, habeis tenido amenos el rendirle vuestros acatimientos y darle bebidas gracias por beneficios tantos. ¡Que ingratitud tan infanda!.. Mas á qué fin pararme por más tiempo en este punto; tambien el os perdonó, y digo más, nunca podriamos comprender el amor acendrado con que nos lleva en este dia. Pero sabedlo bien, tal era el estado de vuestras almas, algunos días antes de acercaros al divino banquete, que Dios no podía contemplarlas sin particular horror. Afeados por el pecado, ingratos para con vuestros padres, rebeldes para con Dios... Mas que feliz cambio se ha obrado... el mundo os contempla con admiracion, el cielo con cariño... Ya sois de nuevo hijos de Dios, si, hijos de aquel Dios que reina sobre el empiro, que hace soplar el viento, retumbar el estruendo, crecer y secar los trigos, de aquel Dios infinitamente poderoso, que todo rige y gobierna, de aquel mismo Dios y Señor que os ha tomado hoy por amigos, que os ha hecho sentar á su mesa, dado preciosas arras de eterna alianza, que os está contemplando desde su altar sagrado, sonriendo á vuestros divinos pensares, y preparándose á trenzar coronas de gloria para los que perseverarán hasta su último suspiro. Por consiguiente, hijos mios, ved que dignidad es la vuestra. Admitidos á la herencia eterna, hechos otra vez hijos Dios... ¡Y cuan altos beneficios!. De qué nombre tan levantado sois dignos en este momento. Podría llamaros con el Evángelio templos sagrados, santos del Señor con los profétas, arcas de alianza con nuestros santos padres, tabernáculos del Dios vivo con nuestra santa Iglesia! O admirable, misericordioso prodigio eterno de mi amado Salvador! pues quien podrá explicaros vuestra dicha, amados mios, y haceros comprender vuestra dignidad. Levantad vuestros ojos hasta la sagrada boveda de este edificio, admirad su bella arquitectura, sus miles guirlandas, sus hermosos capitones, todo cuanto le orna en este dia, le hace digno del Señor que aqui mora. Abrid aun su tabernáculo puesto en medio de nuestros altares. El oro se juega aquí con los más rico colores que por doquier le resumbran y centallan. Por dentro está forrado de seda. Ved ahora el santo ciborio, su copa, de

plata la más fina, está cubierta de oro el más precioso. ¿Qué rey mereció jamás tan rico aposento y que rey le tubo jamás?... ¡O que rica prision un tabernáculo! ¡y con que voluntad se place en estos recintos el Señor! Pues más le placen aun vuestros corazones, porque por más ricos que sean estos tabernáculos, por más preciosas que sean sus copas sagradas, nunca podrán ellas decirle os amo, ¡o buen Jesús! y vosotros podeis decirlo á cada instante y se lo habeis ya dicho en este día... Con sobrada razon pues me exclamé yo al principar este discurso que sois vosotros los amigos del Señor, los templos amados de Cristo... Comprended lo que le debeis por tanto honor, por tanta dicha, por tanta felicidad. ¡O alma mia! bendice al Señor, ensalza á su santo nombre...

Parte Segunda. — Veamos ahora lo que sereis un día... ¿Que sereis vosotros un día? Muy ardua me parece esta question, y por bien discreto lo daría á quien pudiera hacerme acertada respuesta. Ya se lo que me responderiais, si á vosotros mismos os la pusiera. Llevados por el entusiasmo que os anima, embriagados de la santa felicidad que colma las almas puras al acercarse al divino banquete, todos en coro, ante Dios y los hombres me jurarais, que jamás dareis fallo á vuestras promesas, que jamás podrán Satan, el mundo ni sus pompas, con vuestras almas, que jamás, ni la impiedad infernal, ni sus sectas, serán vencedores de vuestra fé, que sereis siempre fieles á vuestro Dios y á vuestra religion; que asiendo la cruz en lo más fuerte de la tentacion, y que desechando con energia cuanto os indujiere al pecado, lejos de ofensar al Señor, lejos de apartaros un instante de su santo servicio le direis hasta en lo más recio de vuestra lucha. ¡Oh Señor! sí....

Vuestro soy, pues me criasteis

Vuestro, pues me redimisteis

Vuestro, pues me sufristeis

Vuestro, pues me llamasteis.

Mas porque me viene ahora á la miente lo que se está pasando todos los dias. Otros hubo que colmó el Señor con igual felicidad en este día, otros hubo que con tan entera voluntad y encendido cora-

zon hicieron las mismas promesas y que exalaron tales plegarias. ¿Pero á qué fin? ¿con que fruto? luego abandonaron tambien á su Dios y Señor, dejándole de nuevo en perpetuo olvido y ¡o mi alma! ¡o tierno amante del amor hermoso! cuan duro debió ser á vuestro corazon tal ingratitud, cuan insufrible tan traidor abandono. Tendriais animo de hacerlo vosotros asi, hijos mios... ¿llevareis vuestra maldad hasta hacer un día parte con los impios? ¿que decís? Por mayor que sea mi fé en la sinceridad de vuestras promesas, me espanto, me espanto os lo repito al considerar vuestro avenirero, ¿quien sabe la suerte que se os espera? Decidme, vosotros padres y madres de familia, ¿que camino llevarán vuestros hijos? Vosotros solos podeis responder. Los que profesais un profundo respecto á nuestra santa religion, aquellos que sabeis que solo con su ayuda se puede mantener cuerda la doncella, obediente y somiso el varon, aquellos, ya se que os esmerareis en conservar á vuestros encarecidos y amados hijos los santos sentimientos y puros afectos de este día, que pondreis particular cuidado en apartarlos de los malos ejemplos, que les dejareis santificar el domingo, que quereis que asi tan devotos á los santos ejercicios de piedad los dias festivos, que vosotros mismos sereis los primeros en darles santos ejemplos... Mas no podrán tambien encontrarse algunos entre vosotros, padres de familia, que verán desvanecerse con incomprehensible menoscabo del corazon de sus hijos todas las santas disposiciones, los vivos ardores de este día; los santos propósitos de esta mañana. No se encontrará algunos, ¡O Dios mio! no lo permitais, que poco á poco con satánico recato procuren arrancar todos estos recuerdos del corazon de sus hijos; que irán hasta hacerles abandonar las practicas de nuestra sagrada religion y les empedirán de cumplir con sus deberes de buen cristiano. Si los hubiere tan malvados, entonces, ¡O Espiritu santo! Espiritu de toda verdad, dadles la fuerza de los martires, la virtud de los confesores, la pureza de las vírgenes, venid en auxilio á estos pobrecitos mal afortunados; dadles animos y corazon para vencer todos los obstáculos. Que mueran, si asi os place, pero no permitais que se aparten jamás de Vos, ¡o suma verdad! ¡o camino! ¡o vida!.. Mas dejadme creer, Hermanos mios, que no se encuentra semejantes monstruos entre vosotros, que jamás puso los pies tan descomunal padre en este templo sagrado... Que nombre mereciaer

aquel padre que desvenará la fé de corazón de su hijo, que hyena más horrible que aquella inhumana madre, que buscara anonadar todas las santas emociones de este día en el corazón de su hija.

Más lo repito en toda confianza, no los hay, no Señor, mio, en esta parroquia, semejantes montruos. Todos, me parece, amantísimos padres y madres de familia, me estais prometiendo que dejareis libres y muy libres á vuestros hijos, por todo lo que mira al cumplimiento de nuestra santa Religion..... Pero seamos claros sobre esta promesa... Vuestros hijos se encuentran todavía á una edad muy poco avanzada, además, Dios solo sabe con que cariño os aman, cuan alto raya su admiracion para todos vuestros actos... Reparad pues, en este punto, de que peso será nuestra conducta en su manera de obrar. Vosotros sois quienes hareis vencer la balanza hacia el bien o el mal. Porque decidme, creéis dejar libre de ir á misa á vuestro hijo en los días festivos, si vosotros mismos, no os acercáis jamás á la Iglesia, o faltais bajo el menor pretexto á todas las ceremonias sagradas. Pensais dejarles libres de santificar los días de obligacion, si os ven á vosotros todo el día al trabajo y vais hasta pedirles que vengan á vuestra hayuda, creis dejarles absolutamente libres de amar y reverenciar nuestra santa religion, si ven y entienden que vosotros mismos la tratáis con menosprecio y descaro. ¿Pensais que permanezca largo tiempo buen cristiano vuestro hijo con tan infausta influencia?. ¿santa, prudente y modesta vuestra hija, si tales son vuestros obras? No pretendais dejar libres á vuestros hijos, yo digo al contrario que serán del todo esclavos. Vista su timidez, para obrar libremente necesitan un apoyo, este apoyo en quien le podrán encontrar sino en vosotros, en vuestro ejemplo, en vuestra vida... Si les falta allí ya no son más libres y aquel que no es libre es esclavo ¿Y de quien serán esclavos vuestros hijos? del respeto humano, del sarcasmo impio, del reir úfanó, y tan esclavos que lo vereis girar segun sus deseos, y bailar segun sus caprichos. ¡O Padres y madres de familia! algo me está diciendo, en este día de general júbilo y alegría, que todos estais animosos de darles los mejores ejemplos que puedan esperar de vosotros... que todos estais deseosos de verles siempre buenos cristianos, que sereis asíduos á vuestras devociones de la noche y la mañana. ¡Ah! hacedlo así, porque entonces viéndoos vuestros encarecidos hijos prontos á los

santos ejercicios ellos seguirán vuestro ejemplo. Prometieme que todos pondreis tambien sumo cuidado en santificar el domingo, asistiendo con mucha piedad al santo sacrificio de la misa, y si lo haceis así vuestros hijos se acomodarán á vuestras buenas enseñanzas. ¡Ah! sí, siento, en lo más profundo de mi alma, que todos deseais que vivan largos años en las almas de vuestros hijos las amenísimas gracias de este benéfico día y que hareis para alcanzala vuestros mayores esfuerzos. Escuchad esta historia. Cuéntase que un Rey muy poderoso tenía un hijo muy tiernamente amado. Debiendo ir á pelear en payses lejanos, y no pudiéndelo llevar consigo, á causa de su juventud desmasiada, dijo á uno de sus amigos..... Aquí tienes la prenda de mi corazón, lo que más quiero de mi vida, guardalo con particular cuidado. Ya sabes los muchos enemigos que me quedan en esta tierra, no le desampares jamás ¡Ay si por desgracia veniera á caer en en sus manos! el pobrecito, no habria remedio para él; seas muy astuto, mira de descubrir todas las conspiraciones, pónle pronto al abrigo de todos los riesgos; á tu fidelidad me confio, amigo. Guardámelo, Guardámelo sano y salvo, si quieres que guarde la vida... Marchóse... más, ¡oh negra perfidia! ¡oh maldad! aquel amigo era un traidor. En cuanto supo que el monarca estaba lejos, llamó á todos sus enemigos, entrégoles el tierno infante que apenas sabia hablar y, cogiéndole aquellos inhumanos con rabiosísima furia le dieron mil puñaladas, le rasgaron e hicieron á peazos, acabando con él con una muerte cruel. ¡Que infamia! hermanos míos.... Y que castigo merece aquel traidor desalmado. Volvamos antes de responder una mirada sobre nosotros mismos. Este rey, este príncipe, que por tierras lejanas se marcha, es nuestro Salvador divino, nuestro Señor Jesucristo. Habiendo ya cumplido grandes cosas con vuestros hijos, os los devuelve esta tarde á vuestra vigilancia, los deja á vuestra encomienda. ¡Ah! guardadlos con particular cuidado á estos amigos de mi Salvador. Hay un sinúmero de enemigos que le amenazan, malas companias, ejemplos perversos, desenfrenadas pasiones, todos embestirán á su corazón y buscarán deraigar los santos efectos de este día, los acendrados sentimientos de esta mañana, hasta de su memoria, ¡Ah Padres de familia! ¿y tendríais corazón de dejar cumplir á vuestra vista y sin lucha crimen tan cruel? ¿Sereis vosotros mismos, quienes por maldad ó descuido, entregareis á vuestros hijos entre manos de tan

cruel verdugo? ¡Ah! no, mil veces, no, lo puedo creer, cuan negra traición sería la vuestra, y me parece se levanta ya vuestro corazón á semejante cobardía.

CONCLUSION — Todos sereis buenos cristamos, caros hijos míos, todos sereis fieles hasta la muerte á vuestras sagradas promesas. Adelante pues, si adelante, porque yo estoy seguro que tales son vuestros sentimientos. Testigos de esta verdad me serían, si pudieran hablar, y esta felicidad sin igual que rebosaban vuestras almas esta mañana, y la dulce alegría que os inunda en este instante, y las mismas palabras que dentro de poco vais á pronunciar. Hijos míos, las manos sobre los santos Evangelios, aquí mismo cerca de esta misma fuente sagrada en que recibisteis la gracia del bautismo, vais digo á renunciar á Satan, á sus vanidades y pompas, y jurar odio eterno al infierno, y amor y felicidad á Jesús. Estas mismas promesas que habeis hecho otras veces por la boca de vuestros padrinos, las vais á ratificar por la vuestra propia en este momento, en presencia de cielos y tierra, ante vuestros parientes y amigos, para que sean solemnes vuestros juramentos y firmes vuestros propósitos. Juradlo también ante vuestros ángeles guardianos quienes, al oír estas palabras, las escribirán en signo de testimonio en el libro de vida. ¡ Ah! Si plazca al cielo que sean santos vuestros juramentos y que no os desdigaís jamás.... Hermanos míos, una última palabra y voy á concluir. Leese en la historia, que varias veces, cuando están dos ejércitos contrarios en frente y la batalla ordenada, antes de romper el fuego, el general espolea su caballo y recorre á todo escape la trinchera, diciendo una palabra al uno, dando bríos al otro, y encendiéndolos á todos con su alentado ánimo, excitándoles á seguir su ejemplo. Sin perder tiempo, saliendo al abanderado del centro de las filas, plantando allí los en signes patrios que saludan los relucientes aceros, los atamboreadores baten la generala, un fiero grito recorre las filas, todo el ejército levanta la derecha, y á la faz misma del enemigo, juran fidelidad á su patria. ¡ Ah! afrenta á aquel que en lo más recio de la pelea abandonará el sitio que le toca, afrenta, deshonor al que se pasará al enemigo. Pues bien, hijos míos, vosotros también jurasteis la bandera de la primera comunión, semejantes á estos soldados, las manos tendidas sobre los santos Evangelios, cerca de aquella pila sagrada en que renacisteis á la

vida de la gracia, jurasteis odio eterno á Satan, á sus vanidades y pompas. Mas ¡ ay ! decidme, ¿ fuisteis largo tiempo fieles á tales promesas? En lo más recio de la pelea, lejos de desertar las trincheras de la Iglesia militante, os habeis acercado al divino jefe, habéisle pedido os diera algo de su aliento contra las huestes satánicas, para sembrar la muerte en el campo enemigo, o ganar sus ciegos soldados á las banderas de Cristo. ¡ Ah ! quien sabe si la cobardía, quien sabe si el respeto humano, quien sabe si el simple miedo de los sacarnos.....

Reflexionemos algun tanto sobre nuestra vida pasada, y en este día, durante esta ceremonia sagrada que tan fielmente nos recuerda nuestras infidelidades al Dios de primera comunión, renovemos en espíritu todas nuestras promesas; pidiéndole humildemente perdón y jurándole que queremos serle de hoy en adelante eternamente sumisos. Amen.
